

DEUTERONOMIO

"Corría el año 1457 de Nuestro Señor la noche que acontecieron aquellos fatídicos hechos. No llegaron así como así, ya venían ocurriendo desde hacía tiempo. Los de Cabanillas, Canencia y Porquerizas se apropian de linderos y pastos que no les pertenecen y que son nuestros por derecho. Yo no soy de Navalafuente, ¿saben? Yo nací en la Noble Villa de Albarracín, pero en un viaje de pastos, conocí a la Luisi y ya no me separé de ella. A su padre no le gustó mucho que le pidiera la mano de su hija, así sin más, casi sin pensármelo, pero el amor es así, señores..."

Tomás, el alguacil, le ofreció un vaso de agua viendo que aquello iría para largo. Lo que había ocurrido hacía dos noches había sido algo negro y fatídico y Fray Maías y él llevaban a cabo el interrogatorio. Se oían rumores de que esto traería problemas y que a alguien se lo llevarían para ser juzgado en Bustarviejo, los conflictos territoriales eran constantes. Isaac era el único superviviente de una patrulla que había salido a controlar un pasto en el que pacían rebaños del pueblo y que hacía unos días alguien había atacado. Fueron cinco aquella noche y sólo volvió Isaac. Ya bien entrada la mañana apareció más allá del cerro, arrastrando una pierna, con la ropa sucia y rasgada y la cara manchada de sangre. Traía los ojos abiertos como platos. La Luisi le llevó a casa y le bañó con calderos de agua caliente, curándole las heridas. Por más que unos y otros le preguntaron por lo que había pasado no soltó prenda, parecía otra persona y se comportaba de forma extraña. Al día siguiente, habían hecho llamar a Tomás y al cura. A esas alturas, el pueblo ya era un nido de chismes sobre la matanza de hombres y ovejas que habían encontrado más allá de la cañada. Se oían lloros y gritos de mujeres y la crispación y el miedo se habían adueñado de las embarradas calles.

Navalafuente no era más que una veintena de casuchas construidas en torno a una nava que alimentaba el río. Hacía poco habían terminado de construir una pequeña iglesia y dentro de la misma el alguacil y el cura llevaban media tarde con el interrogatorio. Isaac evadía las preguntas y saltaba por peteneras cada vez que llegaban a algún hecho que pudiera darles una pista de lo ocurrido.

- Isaac, por favor, centrémonos.- le dijo el cura algo crispado- Deje se irse por las ramas y volvamos al día de los hechos. ¿Qué recuerda de aquella noche?

Isaac miró al cura y giró la cabeza hacia un lateral del altar.

"Los de Cabanillas.... Ay, si yo le contara... ¡Unos ladrones! ¡Eso es lo que son! ¡Unos ladrones y unos.....!- dejó la frase a medio terminar- Verán ustedes, hace unas tardes Juanito fue con su rebaño, al menos cien cabezas, al último prado de la linde con Cabanillas. Allí le esperaba tres malnacidos que le dieron una paliza y se quedaron con diez de sus ovejas. El pobre volvió al pueblo cabizbajo y con el honor herido. Los hombres nos juntamos en asamblea y tras discutir mucho, decidimos darles una lección. Los consejeros de ambos pueblos ya se han juntado mil veces y nada, al final estas cosas, ya saben, sólo se solucionan a palos.

Aún no sé muy bien por qué me embarqué yo en ese viaje, pero la cuestión es que en la asamblea se me calentó el paladar y me presté voluntario junto con otros cuatro para darles un escarmiento a esos brutos.

La Luisi se puso a llorar cuando se lo conté. Tenemos tres hijos y otro en camino y no es plan de andar corriendo este tipo de aventuras, pero ya me había comprometido y no había vuelta atrás. Ganábamos por número y llevábamos buenos palos y cuchillos. Quedamos pasada la media noche en el cruce de caminos que hay en la calle del agua y, prendiendo una pequeña tea, nos dirigimos hacia la linde. El plan era recuperar las diez ovejas y darles un buen susto. Ojo por ojo, diente por diente, sabe usted a lo que me refiero, ¿verdad? - Isaac miraba al cura mientras pronunciaba estas palabras, como esperando su exoneración divina. Cerca del Gargüera apagamos la tea, había luna llena y se veía perfectamente. Proseguimos en silencio, procurando que la noche tapara el sonido de nuestros pasos. Antes de llegar, nos ocultamos entre unas jaras y recordamos el plan... "

- ¿Y...? ¿Qué pasó entonces, Isaac?- le preguntó Tomás, pero Isaac seguía callado y mirándose las manos. Empezaba a hacer frío en la capilla.

Un rebaño pasó cascabeleando con sus cencerros por delante de la iglesia y la estancia de llenó del sonido tamizado de las ovejas. Isaac buscaba palabras en su cabeza intentando darle sentido a esa noche. El alguacil empezaba a impacientarse, tenía que volver a Bustarviejo y aún no sabía si tendría que llevarse preso o no a Isaac. El cura no estaba de mucho mejor humor, mantenía la mirada esquiva y el ceño fruncido.

-¡Vamos, Isaac, reconózcalo! ¡Los mató usted!- le increpó Fray Matías dando un sonoro golpe con los puños cerrados en la mesa.

-¡Noooooo!-gritó Isaac- ¡Yo no fui el responsable de aquella carnicería!- Y empezó a llorar a gritos, como fuera de sí.

-¡Bueno, ya está bien!- Tomás había levantado la voz, incapaz de contener los nervios. Respiró un par de veces profundamente y continuó.- Isaac nos contaba que estaban ustedes escondidos urdiendo el plan. ¿Podría continuar, por favor?

Isaac abrió la boca buscando que le entrara aire y secándose las lágrimas y la nariz con un pañuelito que guardaba en el pantalón, prosiguió con su relato:

"Nuestro plan era atacar por dos flancos, habría una avancilla que irían de frente, y luego estábamos otro y yo que atacaríamos por un lateral, sin que se lo esperaran. Los de Cabanillas dormían alrededor de una hoguera y tenían varios perros, uno era un mastín bastante fiero, pero no se les veía por ningún lado. El tema es que los nuestros les entraron de frente y los otros reaccionaron nerviosos. El hijo de la Mari se puso gallito con uno y sacó el cuchillo, no era más que una navajuela, pero tenía buen filo y el muchacho era diestro en su uso. Bailaron alrededor de la hoguera, lanzando estocadas uno y esquivándolas los otros. Uno de ellos, silbó llamando al perro. En ese momento mi compañero y yo comenzamos a descender la suave ladera sin hacer ruido. Y fue entonces cuando lo oímos...- El suave susurro se transformó de repente en un grito de dolor, Isaac se sujetaba la

cabeza mientras lloraba desconsolado.- Al principio pensamos que era el lobo, aullaba a la luna llena y venía a por nosotros. La pelea que se llevaba a cabo en la vega había cesado y todos mirábamos a nuestro alrededor sabedores del peligro que nos acechaba.- Y de nuevo se quedó callado, con la mirada perdida."

Cuando Isaac levantó la cabeza, el cura y el alguacil pudieron ver en su mirada la desesperación y el miedo propios de un hombre que había visto el horror.

"El silencio lo cubría todo cuando se escuchó otro aullido, largo y agudo. Era desgarrador. Mi compañero se adelantó y se unió al grupo, pero yo era incapaz de moverme. En ese momento sentí la tierra temblar y una sombra me impactó. Caí de espaldas en una jara y noté como me rasgaba la piel con sus duras ramas. La sombra me dio otro revolcón y ambos salimos al camino. - Isaac abrió mucho los ojos y dejó salir todo el espanto que llevaba dentro- La cabeza enorme y peluda de aquel lobo me miraba a contraluz, sus brillantes ojos amarillos estaban llenos de ira y la sangre le goteaba por sus negras barbas. Un nuevo silbido del muchacho llamando a su perro y la sombra avanzó hacia ellos, dejándome a mi tirado en el suelo. Aquel monstruo era más grande que cualquier lobo, casi como un toro, y se movía a una rapidez increíble. Las ovejas balaban nerviosas en su recinto, recuerdo que una se escapó y corrió hacia el río... ¡Fue horrible! ¡Horrible!"

Isaac se levantó de la silla, tapándose la cara con las manos, nervioso, como si de esa manera quisiera alejar el espanto de aquel momento.

-¿Entonces fue un lobo el responsable?- preguntó Fray Matías. Isaac avanzó hacia el cura y agarrándolo del alzacuellos lo levantó de la silla y lo zarandeó.

-¡No me ha escuchado usted! ¡No fue un lobo! ¡Era un monstruo!

-¡Suélteme!- El cura se zafó de las fuertes manos de Matías y retrocedió.

-A ver, que reine la paz. - intervino Tomás- Isaac, cálmese, por favor... Estamos aquí para ayudarle. Por favor siéntese de nuevo y continúe...

Fray Matías se recolocó la ropa y se sacudió la sotana. Con un gesto de profundo desagrado y una mirada retadora volvió a sentarse en su silla.

"El monstruo se movía lentamente, girando alrededor del grupo, gruñendo y enseñando sus dientes de forma amenazadora. Ellos apenas se movían, uno sostenía una tea prendida. Movía el brazo nervioso, intentando ahuyentar con el fuego a la bestia, que tenía todo el pelo erizado y lanzaba dentelladas al aire. En un abrir y cerrar de ojos, el lobo lanzó un rápido ataque y enganchó a uno de ellos. Otros tres se le subieron encima del lomo y le quemaron la pata con la tea prendida. Reaccionó el lobo y lanzó por los aires al que tenía en la boca, en un abrir, en un abrir y cerrar de ojos fue a por los demás. Poco a poco, la bestia se fue haciendo con ellos, abriéndoles en canal las tripas y desmembrándoles, uno a uno, hasta acabar con todos. Entonces fue a por el ganado, medio cojo por la quemadura en la pata, pero aún así atacando sin piedad a una docena de ovejas al menos... Que me perdone la Virgen por lo que voy a decir, pero era como si aquel monstruo tuviera al diablo dentro."

-¡Herejía! - gritó el cura. Su piel estaba cetrina- ¡Está usted diciendo que fue el diablo el que atacó a aquellos hombres? ¡Tenga usted cuidado con lo que dice! ¡Por menos de eso, algunos han ardido en la hoguera!

"Yo seguía tirado en el suelo, cubierto de sangre e incapaz de moverme.- El tono de Isaac se volvió entonces lastimero, como intentando disculparse por lo que acababa de decir, y en completa agonía continuó.- Entonces la bestia volvió a la explanada, donde estaban los cuerpos de los hombres que había matado hacía sólo unos minutos y comenzó a devorarlos. Tardó un rato en dar cuenta de ellos, y luego, se relamió y se limpió el cuerpo, chupándose la herida que tenía en la pata. Y como si no hubiera pasado nada, se quedó dormido. Aquellos momentos me parecieron una eternidad, el monstruo se movía entre sueños y lanzaba gruñidos sin ton ni son. La noche era oscura y el alba no quería llegar. Creo que me desmayé porque cuando abrí de nuevo los ojos, la luz se vislumbraba a través del montículo. El lobo se despertó y comenzó a caminar, pero antes de alcanzar la espesura del bosque, un rayo de sol asomó y la bestia comenzó a gritar y a gruñir, como si todo el cuerpo le quemara. Se revolcaba por el suelo y lanzaba profundos aullidos. Desde dónde estaba tumbado no podía ver bien, pero juraría...- Isaac parecía no querer terminar la frase, suspiró intentando que las palabras fluyeran de su boca. El cura le miraba con el rostro arrugado y lleno de ira- Juraría que se transformó en un hombre..."

-¡Alguacil! ¡Exijo inmediatamente que se lleve a este hombre y lo guarde a buen custodio! ¡Esto es inadmisibile!- Fray Matías se levantó de su silla y con paso lento se dirigió hacia la salida de la iglesia- ¡Tenga por seguro que haré llegar esto hasta las últimas estancias del Reino! ¡Un hereje como usted no puede estar suelto!

Isaac se quedó en profundo silencio y miró al cura fijamente. Esos ojos reflejaban la misma furia que aquella bestia que le había atacado y que ya nunca le abandonaría. Fue entonces cuando Tomás se dio cuenta de la ligera cojera con la que andaba el fraile, daba pequeños pasos intentando disimularla, pero se notaba que algo le molestaba. Ciertamente es que desde que se había iniciado la construcción de la parroquia, hace años ya de aquello, había habido otros ataques extremadamente feroces y sangrientos en la zona. Pero no, aquello no podía ser...

-Fray Matías, ¿está usted bien? ¿Le noto una leve cojera al andar? ¿Quizá la artritis...?- le preguntó Tomás.

El cura no contestó, se limitó a hacer un rictus con la boca y a chasquear la lengua.

-¿Está usted insinuando algo, Tomás? - dos profundas boqueras se le marcaron en las comisuras de los labios al esbozar una sonrisa siniestra. Se puso la capucha del hábito y su cara adquirió un tono oscuro. Con voz melosa dijo - Ándese con cuidado, alguacil, la noche es oscura y aún tiene que volver a casa...

El golpe seco de la pesada puerta de madera rompió el silencio de la noche cuando Fray Matías abandonó la iglesia. La luna iniciaba su paso a menguante y el cura ni la miró. Sabía que tenía que tener más cuidado. Aquella nave era un paraíso y él era un enviado de dios, no podía permitir que la muerte campase a sus anchas por aquellos lares.

EL GATO IRREVERENTE